

Quintero Saravia, Gonzalo M. *Bernardo de Gálvez, Spanish Hero of the American Revolution*. Chapell Hill: The University of South Carolina Press, 2018. 608 pp.

Son muchos los personajes notables de la historia de España cuya trayectoria y hechos les han otorgado una proyección internacional. Algunos de ellos cuentan con el dudoso honor de ser más conocidos hoy día allende nuestras fronteras que en su propio país. Es esta una cuestión que resulta lamentablemente frecuente tanto en historia como en otros campos de la sociedad, como el arte o el deporte. Bernardo de Gálvez (Macharaviaya, Málaga, 1746 - México, 1786) es uno de estos casos, a pesar de que, durante los últimos años, tanto particulares como instituciones han realizado un notable esfuerzo por mejorar el conocimiento de su figura y los hechos que protagonizó. Una buena prueba de ello es que la única biografía sistemática y científica editada hasta la fecha, que es la que nos ocupa en esta reseña, se ha publicado en inglés y en los Estados Unidos.

El comienzo de la Revolución Americana —o quizás más apropiadamente dicho, Norteamericana— se ha fechado tradicionalmente en el denominado Motín del Té, ocurrido en el puerto de Boston en 1773. Las hostilidades armadas entre rebeldes y tropas británicas comenzaron dos años después y la declaración oficial de la Independencia se firmó el 4 de julio de 1776. Lo que había comenzado como un conflicto interno de Inglaterra y sus colonias pasó a convertirse en una guerra a gran escala, enfrentando nuevamente, durante casi ocho años, a las tres potencias que competían por la hegemonía mundial en el siglo dieciocho: España, Francia y Gran Bretaña.

Si la ayuda de Francia a la Independencia de los Estados Unidos ha sido ampliamente divulgada y reconocida en la historiografía, en los planes de enseñanza norteamericanos e institucionalmente en forma de esculturas y memoriales, no cabe decir lo mismo de la prestada por España. Junto a la Casa Blanca, se halla la Plaza de Lafayette, donde se levantan cuatro monumentos: el dedicado al aristócrata francés de dicho nombre que se unió al ejército de George Washington; el del general Rochambeau, que mandaba las tropas francesas expedicionarias que combatieron junto a los rebeldes; y los de otros dos extranjeros, el polaco Kosciusko y el prusiano Von Steuben, que también combatieron en la guerra. Hay en Washington un monumento dedicado a Gálvez, regalo de España e inaugurado por D. Juan Carlos I en 1976, pero se encuentra en una pequeña plaza, alejado del centro. Aun habiéndole sido otorgado el título de Ciudadano de Honor de los Estados Unidos, esta marcada diferencia denota, una vez más, cómo los norteamericanos perciben, injustificadamente en mi opinión, menor en importancia la ayuda prestada por España a su independencia.

Alexander Hamilton, uno de los *Founding Fathers*, escribió: «Nuestra salvación estará en Francia y España». España ayudó a la Revolución Norteamericana de diversas maneras: enviando suministros, prestando dinero y dando la sangre de sus

soldados, por mar y tierra, tanto en el teatro de operaciones de Europa como en el de América. Este enorme esfuerzo material, humano y económico tenía como objetivo prioritario debilitar al gran enemigo británico. Pero así era y ha sido siempre la política internacional y, en todo caso, Francia actuó por idénticos motivos.

Historiadores americanos han criticado la prudencia con que España realizó su aportación o la demora en reconocer la independencia. Cabría recordar cómo el país había perdido mucho en la guerra de 1763, cómo las reformas emprendidas por Carlos III necesitaban millones de pesos o cómo los vastos territorios americanos de la Corona Española estaban en riesgo de contagio de las ideas revolucionarias y de ataques de la *Royal Navy*. Francia no tenía tierras que perder en América, pues ya lo había perdido todo en la Guerra de los Siete Años. Finalmente, las chispas de la revolución prendieron poco después en su propia metrópoli y también en las provincias americanas de España, lo que provocó la «gran conmoción» que, en palabras de Francisco De Saavedra, se extendería por el mundo.

Gonzalo Quintero, que aún en su persona las facetas de diplomático e historiador, nos ofrece una apasionante biografía de Bernardo de Gálvez, que es el resultado de años de investigación y cuya base constituye su tesis doctoral, presentada en la Universidad Complutense de Madrid y dirigida por la profesora Sylvia L. Hilton. En el prólogo, el autor considera que la figura de Gálvez, «el más alto representante del Imperio Español en la Guerra de la Revolución Americana, permanece ampliamente apartada por la corriente mayoritaria de la historia en Estados Unidos». También asegura que «aunque España nunca fue un aliado oficial de los Estados Unidos, por consideraciones estratégicas y políticas, su entrada en la guerra inclinó la balanza definitivamente contra Gran Bretaña», opiniones que suscribimos en su totalidad.

El libro de Gonzalo Quintero es un magnífico trabajo, ampliamente documentado, presentado de forma sistemática y cronológica y acompañado de un inmenso apartado de referencias bibliográficas y documentales –que es uno de los grandes valores del libro– y que cubre *in extenso* lo publicado sobre el personaje y sobre la presencia de España en el norte del continente en el último periodo de la Edad Moderna. Resulta curiosa, no obstante, la falta de referencia al catálogo de la exposición, organizada por el Ministerio de Defensa en 2016, que tuvo por eje la biografía del personaje y en el que colaboró el propio Quintero con un avance de esta magnífica obra, que ahora se publica completa en esta edición de la Universidad de Carolina del Sur.

La primera parte del libro trata sobre el marco familiar y las vicisitudes del ascenso del clan de los Gálvez de Macharaviaya a puestos importantes del aparato estatal borbónico de finales del dieciocho. Queda de manifiesto la influencia para Bernardo y para el resto de la familia de la imponente figura de José de Gálvez, su tío, el eficiente y poderoso secretario de estado de Indias. A continuación, asistimos a su ingreso en el Ejército como *aventurero*, a su bautismo de fuego en el Norte de Nueva España, en continuos combates con los apaches, a su herida en el fallido desembarco de Argel y a su posterior nombramiento como gobernador interino de La Luisiana, donde tomó el mando a principios de 1777, en una fecha clave para la historia de América.

Quintero describe prolijamente esta importante etapa, deteniéndose en las numerosas reformas y mejoras emprendidas por Gálvez durante su mandato. Aquí es donde el personaje llega a la parte más destacada de su carrera como organizador, estadista y militar. Una labor guiada por el espíritu ilustrado de favorecer el comercio y las artes, aun para ciudadanos no católicos, puesto que siempre consideró que

La Luisana debía regirse por normas específicas y diferentes de las de otros territorios de España en ultramar. En el plano personal, estableció una red de relaciones familiares y comerciales en la colonia francesa de Nueva Orleans, incluyendo su matrimonio con la criolla Felicitas de Saint Maixens. En su faceta militar, se pone en valor su obstinación en dar cumplimiento a las órdenes del Rey, recibidas de su tío José, a pesar de la oposición de los mandos militares de La Habana. También el cómo respondió a las peticiones de ayuda de representantes del Congreso Continental, facilitando en varias ocasiones suministros y dinero que subieron aguas arriba del Misisipí hacia las tropas rebeldes. Quintero describe cómo, adelantándose audazmente a los ingleses, los atacó y expulsó de la frontera entre Luisiana y La Florida británica, en el verano de 1779, nada más declararse la guerra. A sus éxitos en el Misisipí suceden, el año siguiente, su conquista de La Mabila y, en mayo de 1781, su gran victoria en Pensacola, que es descrita también detalladamente. El autor aporta una interesante consideración del peso de la aportación española a la independencia y del eco que las victorias de Gálvez tuvieron internacionalmente. Sin embargo, en las páginas dedicadas al dinero entregado por Francisco de Saavedra a la flota francesa del almirante De Grasse, se echa de menos una valoración más positiva de la enorme relevancia que este dinero español tuvo para el resultado de la decisiva batalla de Yorktown.

La biografía finaliza con el capítulo dedicado a su etapa como virrey de Nueva España, en el que repasa las importantes aportaciones de Gálvez a la mejora de diversos aspectos del virreinato. Allí obtuvo una gran popularidad, viéndosele con frecuencia paseando por las calles de México, en contra de lo acostumbrado para un personaje de su categoría. Se preocupó del bienestar de sus habitantes, luchó contra una importante hambruna, impulsó mejoras urbanísticas y promovió las ciencias y las artes. Quintero ofrece un detallado apartado sobre sus planes de reformas militares y de política hacia los indígenas. Al igual que ya había hecho en Nueva Orleans hacia la población afrodescendiente, se preocupó de mejorar las condiciones de vida de los nativos americanos, intentando que terminaran los abusos de los hacendados y mejorando su atención judicial. Veterano de la guerra contra los apaches y consciente de que era imposible acabar con el problema de unos indígenas que se habían resistido siempre a la integración, Gálvez planeó una solución que incluía medidas militares controladas, pero, también, diplomáticas, económicas y sociales, que pacificaron la frontera norte de Nueva España –hoy sur de los Estados Unidos– hasta el final de la presencia española.

Quintero dedica las últimas páginas de texto al prematuro fallecimiento del virrey a los cuarenta años de edad. Gálvez murió en noviembre de 1786 en la población de Tacubaya, inmediata a la capital del virreinato, como consecuencia de una amebiasis, posiblemente agravada por las secuelas de otras enfermedades contraídas con anterioridad, y de sus varias heridas de guerra. Antes de ofrecer una útil serie de apéndices de datos sobre las campañas de España en el Golfo de México, el autor finaliza con un poema coetáneo dedicado al clan de los Gálvez, que, tras desempeñar un fulgurante papel en el firmamento de la historia española, se precipitó en el olvido, de forma tan vertiginosa como había ascendido. Quintero ofrece en esta biografía la interesante perspectiva de Gálvez como un hombre ilustrado que se sentía a gusto en América, donde, «encontró a su mujer, nacieron sus tres hijos y donde decidió ser enterrado. Fue un amigo de la Revolución y un partidario de un imperio ilustrado y progresista, amistades que no eran contradictorias, si no complementarias».

El libro de Gonzalo Quintero es la primera biografía científica sobre Bernardo de Gálvez y la más completa y documentada hasta la fecha. Será, sin duda, referencia futura y una gran aportación para que, en los propios Estados Unidos, salga a la luz el conocimiento de la innegable huella de España en el nacimiento de aquella nación.

José M. Guerrero Acosta
Instituto de Historia y Cultura Militar de Madrid (España)
jmguerrero59@gmail.com